

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año IX

Mahón 6 de Abril de 1933

Núm. 517

Estudia para saber amar

El tema sobre el cual quiero hablar, queridos compañeros, es por su contenido de una importancia extraordinaria. Por ello me temo no sabré expresarlo con aquella precisión que se merece. La ignorancia es una enfermedad del entendimiento, o sea, una carencia de conocimientos. Como son tantas las cosas que hay que aprender, no hay ningún hombre que pueda vanagloriarse de saberlo todo, por eso todos los hombres son ignorantes: unos más, otros menos; sin embargo, todos están obligados a saber aquello que les es indispensable para esta vida y también para la eterna salvación de su alma. La ignorancia es campo abonado para la siembra, lo mismo para el bien como para el mal. Por eso los propagandistas de cualquier idea eligen para sus discursos gente ignorante, para engañar más fácilmente, porque les pueden hacer ver una cosa por otra y decirles, que hacer tal cosa, y aquello puede ser su perdición o deshonor; pero esta condición es mucho más grande tratándose del alma.

El saber es lo contrario de la ignorancia, es el conocimiento de una cosa. Hay placer tan grande en el mundo como el saber: por eso en la escuela, cuando nos sabemos la lección o el maestro ha explicado alguna cosa desconocida para nosotros sentimos mucha alegría. A Dios se le puede conocer también con las Matemáticas, que nos dan idea de la exactitud; estudian la Fisiología, que nos da a conocer los huesos de nuestro cuerpo y circulación de la sangre; la Astronomía, que nos enseña los movimientos de los astros y muchas otras cosas. Todo eso es prueba de que hay alguien que tiene mucho poder y aquí es cuando nos enseñan la existencia de este ser que es Dios. Y para terminar diré que a Dios, cuanto más se estudia, más se le conoce y cuanto más se le conoce más se le ama.

DIAMANTES DEL REINO VEGETAL

—Entoavía me río hasta enfermar de risa... ¡Parece mentira que se digan tantas cosas! ¡Parece mentira!
—No sé a qué te refieres, pero mucho me satisface verte tan contento. Caba de reír, si te parece, y explícame lo que se trata...
—Tiene la mar de gracia. Figúrese usted, con motivo de ser Año Nuevo, a una señora muy amiga de mis abuelitos regalaban un ramo de flores y dijo la buena señora que valían una fortuna. Muchos, muchos duros cada flor! No me pude contener, y dije que no me caía en la cabeza que valiera más una flor que otras muchas cosas caras que yo tenía que ver con las flores... Entonces, se enfadó conmigo la señora y en cuanto llegamos a casa me echó un sermón mi abuela y mi abuelo me largó

una paliza... Pero eso no quita pa que yo siga creyendo que no hay derecho a decir que valen tanto dinero las orquídeas...

—¿Orquídeas dijiste?

—¡Orquídeas, sí señor!

—Pues mira, Chaumete, me veo en la precisión de decirte que procediste muy mal dudando de lo que te dijo aquella señora, porque aparte de ser eso una falta imperdonable de educación, demostraste una ignorancia terrible...

—¿Irá usted a decirme que esas dichas flores valen una fortuna?

—Desde luego. Son consideradas las orquídeas como diamantes del reino vegetal, y han llegado a pagarse por ellas cantidades fabulosas. Son las flores más bellas y más extrañas que cabe imaginar. Son flores las orquídeas que más bien parecen mariposas... Tienen toda clase de formas y a cual más interesante. Sus colores son extraordinarios, pues incluso las orquídeas blancas tienen una blancura especial. Parecen obras de arte por su esplendor y variedad infinita y, sin embargo, son naturales... Son las flores de la sorpresa, como si la imaginación del creador de todas las cosas se hubiera complacido en ir las imaginando...

—¿Y dónde nacen y viven esas flores... prodigiosas?

—Sin ironía; prodigiosas son. Nacen en las grietas de las rocas, caldeadas por un fuerte sol, o en la corteza de los árboles. Viven... en el aire, como los pájaros.

—¿Y de qué se alimentan?

—Sólo de un poco de musgo. Se mandan a Europa las bulbos secas y los jardineros las colocan entre musgo, alimentándolas abundantemente con carbón... Así florece esta planta.

—Sí que es curiosa, sí; pero de toas maneras, ¿no le parece a usted que aquella señora les daba demasiada importancia a las orquídeas?

—Nada de eso. En Inglaterra, sin ir más lejos, acostumbran a dedicar anualmente, verdaderos homenajes a estas flores, llegando en su devoción por ellas incluso a tener un periódico que se llama «Lindenia» y que sólo se ocupa de esta clase de plantas verdaderamente misteriosas y maravillosas también. ¿Qué dices ahora, eterno incrédulo?

—¡Qué yo no pagaría tan caras las orquídeas!

—Pues no olvides que en cierta ocasión, un chico de tu edad pagó con su vida el capricho de poseer una flor de éstas. Se hallaba en una roca elevadísima de la serranía española y se empeñó en alcanzarla a pesar del peligro. ¡Cara pagó en curiosidad!

—Sólo me faltaba eso, pa tenerles más rabia... ¡Claro que eso no quita que yo me haya tirao una plancha... como de costumbre! ¡Maldita sea! ¿Cuándo aprenderé a hablar a tiempo?

—Como ello es muy difícil, mejor será que te acostumbres a callar casi siempre... ¡Verás que pocas veces te equivocas! ¿No te parece? ¡Exponme tu

parecer! ¿Por qué no te atreves a decir lo que piensas?

—Porque... he decidido seguir su consejo. En cuanto yo abra la boca, ya se pué usted preparar... No volveré a decir tonterías en lo que me queda de vida. ¡Ca palabra mía, le prometo que será una sentencia!... ¡Por lo menos, una sentencia!

EL NIETO DEL ABUELO

MI NIÑO DORMIDO

Soy mujer, y en la entraña más honda de mi ser hay un casto repliegue, como un nido de armiño, donde duerme el fantasma milagroso de un niño: Es el hijo, es MI HIJO, que aún está por nacer...

¡Es bello, es adorable mi niño, es sacrosanto! Le miro con delicia, le arrullo con encanto; como una luz litúrgica mi amor vela su sueño; mis besos le acarician como brisas de ensueño; son mis versos mejores los que a su oído canto. Todo el inagotable caudal de mi cariño rodea de esplendores la ilusión de mi niña.

Y si nunca despierta, si llega a nacer, si en mis brazos ansiosos no consigo estrecharle, aun oculto en mi pecho no dejaré de amarlo: ¡Siempre será de madre mi alma de mujer!

Y los goces de madre y sus puros deberes ¡yo los pondré en los hijos de las otras mujeres! Cada niño del mundo será un hijo querido, cual imagen viviente de mi niño dormido... Toda la poesía del Bien y la Belleza encierrase en el vaso de una vida que empieza. Por llevarlo en mi manos como joya preciosa, yo seré buena y mansa y heroica y generosa.

Y cuando el ansia aguda de amante su objeto me agite las entrañas con un ardor secreto, dadme una cabellera de niño donde pueda posar mis manos como sobre una flor de seda; dadme en las explosiones de mi loca alegría una risa de niño que rime con la mía; y cuando el tedio amargo de las horas vulgares y la garra inclemente de mis hondos pesares me agobien o me hieran, dadme el santo remedio de una carla infantil que disipe mi tedio o unos immaculados labios con cuya miel se calmen los tormentos de la llaga cruel; y cuando del pecado la tentación violenta encienda mis pupilas con llama turbulenta, o cuando el peso turbio de las malas pasiones anuble mi conciencia de ambiguas sensaciones, ponéd frente a mis ojos, sólo por un instante, la pura y luminosa mirada de un infante... Santa sabiduría del Maestro, que dijo:

«Dejad que a Mi se acerquen los niños, pues de

que no entrará en el reino divino de los cielos quien no se haga sencillo como estos pequeñuelos»

Niño: misterio augusto, serenidad gozosa, inquietud entrañable, abnegación dichosa, amor de los amores, deber de los deberes, dulzura en los dolores, pureza en los placeres.

Niño: capullo, aurora, promesa, surco abierto; estrella que fulgente guías el rumbo incierto de mi loco y ardiente corazón, yo te quiero porque eres viva esencia de mi niño hechicero, el que duerme en la entraña más honda de mi ser... ¡Siempre será de madre mi alma de mujer!

HERMINIA DE AYMERICH

PINOCHO
SEMENARIO INFANTIL

Publica 16 páginas de amena lectura para niños, CUENTOS, HISTORIETAS ILUSTRADAS, CHISTES, PROBLEMAS, PASATIEMPOS, etc., etc., etc.

Precio 0'25 pesetas.

Véndese en Mahón en la Librería de MANUEL SINTES ROTGER.—Plaza de P. Iglesias, 17

EL MAR

Del globo terrestre, ya sabemos que sus tres cuartas partes están ocupadas por ese mar que ahora voy a procurar describir con toda su hermosura, con toda su riqueza y también con todos sus horrores, lágrimas y tristezas.

Ese mar con sus hermosas playas que las olas bañan, semejando una caricia en los tiempos que está en calma, esas suaves ondas azuladas, de las cuales el sol con sus hermosos rayos arranca alguna vez destellos de plata, ese mar, cuyo fondo encierra los más apreciados tesoros y cuya belleza nunca pudo la mano del más hábil pintor representar, ni nuestra imaginación y fantasía tan fantaseadora en casos de menor belleza haber podido tan sólo considerar una parte de este hermoso paraíso, guarda también muchas tristezas; es tumba de ilusiones, tumba de venganzas, tumba de ambiciones y tumba que también encierra muchas lágrimas de cariño y de eterna separación.

Cuando está embravecido, semeja un monstruo, que con horribles bramidos, quisiera devorar cuanto a su paso encuentra; cuantas veces la frágil barquichuela del pescador, perdida en medio del Océano, se ve amenazada por esas imponentes montañas de agua, que después de destruzada la pequeña embarcación, tanto por las temidas olas, como por el continuo relámpago que rasga las tinieblas y por un instante de luz a estos horrores, cuando el pobre pescador, sin ningún recurso, ruega, pide, ofrece y manda su último adiós a los seres queridos que le lloran allá en la tierra, esas aguas sordas a todo ruego y dolor, caen con su bárbara fuerza sobre la barca y la sepultan para luego pasar indiferentes en busca de nuevas vidas que destrozar, y del siniestro sólo pueden apreciarse restos que a la mañana siguiente, el mismo mar que los causó los arroja sin compasión a la playa, a los ojos de los que lloran su pérdida.

Pero, en cambio, cuando su furia está aplacada, ¡es tan hermoso! ¡Guarda tanta riqueza! ¿Se ha visto mayor hermosura que una perla? Pues el mar la cría, de sus aguas sale esta joya, que por la ambición de poseerla bajan los buzos y... ¡Cuántos perecen bajo sus verdosas aguas, a pesar de ir equipados perfectamente! ¿Cuántos negros, pues, morirán por su causa bajando a sus profundidades, a fuerza de pulmones y sin otra ayuda que sus buenas cualidades de nadadores y... ¿Por qué mueren? Por la ambición. Muchos de esos barcos que son tragados por su furia, se han lanzado al mar en busca de riquezas, que creen encontrar en el otro continente, por las cuales, sólo encuentran penas y una muerte espantosa.

El mar, por fin, a mi modo de ver, es como todo lo del mundo, que entre sus rosas hermosas y engañosas esconde muchas espinas, que sólo se ven una vez clavadas, pero a pesar de todo, le amo, y me inspira sentimientos, ya de alegría, ya de tristezas, que me son imposibles de describir y que llenan mis ratos de ocio haciendo correr mi fantasía.

(Por la interpretación)
DAINE GRAY

EL NIÑO Y EL MONO

(FÁBULA)

Cierta vez, cuando las fieras hablaban y eran amigas del hombre, un gorila de aspecto corpulento decía a un niño de corta edad:

—Yo aunque no parezco hombre del todo, lo soy más que vosotros.

—Tú que vas a ser hombre con esos morros y este pelo—dijo burlándose el rapaz.

—A ver quién de los dos, sube más pronto a aquel cocotero tan alto—insinuó el mono. Y uniéndose la palabra a la acción, de un salto se cogió al tronco, y en un santiamén alcanzó las ramas más altas.

—Ahora sube tú—dijo al niño.

—Yo—contestó éste—, como veo que la empresa de subir a este árbol de tan ancho tronco, es superior a mis fuerzas, no pruebo.

Una vez hubo descendido, volvió el mono a burlarse del muchacho y a reírse de las condiciones físicas de los hombres.

—¿Cuándo uno de los tuyos podrá hacer esto con uno como yo?—decía levantando al chico en alto.

El mono era presuntuoso y tonto, pero pronto encontró el niño ocasión de humillarse a su vez. En el país en que habitaban hombres y monos, había una gran crisis de cocos.

Los monos estaban desesperados porque no podían comer su manjar predilecto; y las monas lo estaban porque no habiendo «cocos», sus hijos hacían lo que les daba la gana.

—¿Sabes?—dijo el niño al mono—. Detrás de aquel bosquecillo que ves a la izquierda, hay cocos.

No pudo oír la frase entera, pues al empezar el niño la palabra «cocos» ya estaba el mono corriendo como un gamo en la dirección indicada.

Esto no fué más que una artimaña para alejar al mono.

Cerca de donde se hallaba el niño, corría una acequia por la que pasaba mucha agua.

De entre unos zarzales sacó tres soberbios cocos.

Después cortó unas cañas de bambú y las puso de través sobre la acequia, de modo que formaran puente, cubriéndolas con tierra, y pasando al otro lado donde colocó los cocos, a la vista de quien atravesara el puente.

Terminada su operación, volvió a esperar al mono, en el lugar donde lo despidió.

Este no se hizo esperar mucho, pero venía furioso por no haber encontrado ni sombra de cocos.

El niño le apaciguó y le dijo que quizás los habían quitado otros monos pero que él de ninguna manera quiso engañarle; y entretanto procuraba hacerle mirar hacia el otro lado de la acequia, en que estaban los cocos.

—¡Cocos! ¡Cocos!—gritó el gorila. Y salió corriendo. Pero tuvo que pararse porque la acequia le impedía pasar.

Miró a todos lados y descubrió el ligero puente.

Corrió unos metros más adelante, pero cuando puso la primera mano (porque no tienen pies) sobre el puente, éste se rompió, y el mono cayó a la acequia entre gritos de rabia y exclamaciones de tristeza por haber perdido los cocos, que cayeron al agua y fueron arrastrados por la corriente. Tuvo que subir por el mismo lado, mientras miraba con melancolía como desaparecían los cocos.

El niño desde unos cien metros más allá, le dijo:

—¡He aquí los efectos de tu coruplencia...! El mono tuvo que mirarle con cara de rabia; y dijo «tuvo», porque a consecuencia del remojón perdió el habla.

Desde entonces los gorilas son mudos y enemigos del hombre.

(Por la interpretación)
FRANCISCO COMPTE

Del refranero español

Quémese la casa y no salga humo.

—Las paredes oyen; o ni tras pared ni tras seto, digas tu secreto.

—Reniego del árbol que a palos ha de dar el fruto.

—Lo que no va en lágrimas, va en suspiros.

—No dice más la lengua que lo que siente el corazón.

Los rinocerontes no son carnívoros, pero atacan cuando se sienten heridos y patean, hasta exterminar a su víctima

En Europa en el siglo XVIII, era totalmente desconocido ese mamífero africano y asiático conocido por rinoceronte. Aparte de algunos naturalistas que lo habían estudiado se ignoraba su existencia y se evocaba el poder de algunas leyendas que corrían acerca de estos animales en los tiempos de la antigüedad, leyendas que le atribuían el mismo influjo misterioso que a los dragones y a los centauros.

Estas bestias, fueron conociéndose en Europa a partir del siglo anterior en que algunos cazadores a su regreso de exploraciones por tierras africanas, trajeron aquellos curiosos trofeos que sirvieron para dar a conocer la existencia de estos animales.

Los rinocerontes son unos mamíferos habitantes en las regiones cálidas de África y de Asia. Cuando su desarrollo ha alcanzado su total rendimiento, mide entonces una altura de dos metros, siendo su longitud de cuatro metros y medio.

Estos animales, a pesar de ser inofensivos y no atacar al hombre, poseen una fuerza muscular extraordinaria. Armados, serían una de las fieras más terribles. Pero su pacifismo no les permite mostrarse en semejante hostilidad.

Pero veámoslos, en un momento de ser atacado y entonces, toda su bondad y toda su templanza se tornan en un coraje impetuoso y arrollador. El mira frente a frente a sus perseguidores y se lanza a ellos con una ira horrible. Sin ser carnívoro, es codicioso y la víctima que se ponga bajo su acción puede estar segura de que su salvación no vendrá precisamente del rinoceronte.

Cuando estos animales tienen a su víctima bajo las patas, la despedazan hasta triturarla totalmente. En su ataque el rinoceronte ciega de tal manera que al arrojarle sobre su enemigo derriba cuantos obstáculos se ponen a su paso.

Los cazadores de África utilizan solamente dos recursos para poderse librar de estos animales cuando heridos. buscan a sus agresores. Estos son muy sencillos. Uno de ellos, consiste en encaramarse sobre las ramas de un árbol. Es un lugar seguro donde el rinoceronte no llegará.

También existe otro recurso. Si el rinoceronte persigue al hombre y éste se ve tan seriamente comprometido que va a darle alcance, no tiene nada más que dar una media vuelta. Esto es lo suficiente para que la bestia se desconcierte y el fugitivo pueda cantar victoria.

Por su excesivo peso, el animal no puede girar rápidamente sobre sí y debido a esta feliz circunstancia, la víctima tiene cinco o seis minutos para correr y ponerse fuera del alcance de las patas del rinoceronte encolerizado. Así es que la curva es el mejor medio para burlar al terrible animal.

No tienen pelos en su piel estos raros seres y es tan dura que se hace impenetrable pensándose sin fundamento, si la Naturaleza las habrá favorecido de ella para convertirla a manera de escudo contra los ataques ajenos.

Los hipopótamos también en este aspecto poseen una piel durísima, pero los rinocerontes le aventajan con creces. Con decir que las balas rebotan y no la perforan, está dicho todo.

Pero claro es, los cazadores, han buscado proyectiles de gran penetración y así es como pueden dedicarse a cazar a estas bestias con ciertas seguridades de que la bala perfora sus entrañas y corta su vida.

Lo que más se aprecia en los rinocerontes es su piel. A ésta después de curtida, se la destina a diversos usos. Los negros y los indios comen la carne de ellos y la condimentan de maneras muy sabrosas y alimenticias. Para ablandarla la tienen varios días al relente y así logran mejorar su sabor.

En ciertos pueblos salvajes de la India y de África es muy corriente la opinión de aquellas gentes que adjudican propiedades curativas a los despojos de estas bestias. De la sangre tienen la creencia que sirve para curar toda clase de enfermedades y del cuerno que no hay otro remedio contra los venenos de animales dañinos.

Son demasiado insociables en su trato estas pobres bestias y a pesar de ello, viven en grandes manadas y se defienden con una ferocidad propia de animales carnívoros. Se alimentan de hierbas y en particular de hojas y raíces. Su comida diaria no bajará de cuarenta a cincuenta kilos de estas especies.

Dos clases de rinocerontes son conocidos en la actualidad; los del Asia, repartidos en la parte meridional y en las islas de la Sonda. Estos solo tienen un cuerno y en cambio las razas africanas que se conocen, aparecen con dos.

También hacen vida en el agua y los cazadores han de esperar los momentos en que en ella se hallan para mejor seguridad de sus disparos. Es el único momento en que el rinoceronte reposa y se ablucciona con cierto deleite. Entonces el cazador cuando lo distingue, dispara su rifle y siempre lo hace hacia la cabeza, los oídos o el vientre.

Son muy bajos de patas. El vientre apenas sube ochenta centímetros sobre el suelo. Sus ojos son pequeños y las narices parecidas a las del caballo. El labio inferior es exactamente igual al de la vaca.

El labio superior se alarga en una pequeña trompa que emplea para tronchar las raíces de que se alimenta. Los cuernos los utiliza para defenderse y escarbar la tierra.

El gatito mimado

Había una niña que vivía en un chalet muy bonito, situado no lejos de un bosque poblado de altos pinos y grandes matas. Dicho chalet, estaba rodeado de un jardín ameno en el cual había gran variedad de flores y plantas hermosas, y un pequeño lago, donde nadaban hermosos pececillos de colores y blancos cisnes de largos cuellos.

Todo esto gustaba mucho a la niña quien pasaba ratos muy alegres, correteando por las avenidas que en dicho jardín había. Tenía además, muchos juguetes y muy bonitos, pues, sus papás la querían mucho y siempre le compraban cuantos quería. Pero, lo que más la divertía, era un gatito blanco, a quien quería con delirio y mimaba como si fuese una criatura.

Le ponía lazos al cuello de diferentes colores; le daba a comer muchas golosinas y hasta se hacía dormir en una camita hecha a propósito para él: le rodeaba de toda clase de comodidades y pasaba horas verdaderamente felices.

Mas, un día, el gatito despreciando tantas comodidades, se alejó de la casa y se internó en el bosque en busca de aventuras, las que pagó bien caras: pues, a poco de corretear por aquellos escabrosos lugares, divisó un ratón y quiso atraparle. Este, mucho más listo que él, se escondió entre unas espesas matas, donde no podía el gato penetrar, y tan chasqueado quedó, que siguió caminando muy ensimismado; tanto, que no se dió cuenta de que se hallaba al borde de un precipicio por el cual cayó rompiéndose una patita.

La niña al darse cuenta de la caída del gatito, lo buscó por todas partes sin poderle encontrar, lo encontró de tristeza.

Su mamá para consolarla, le dio un paseo por el bosque y un día casualidad que fuesen a pasar un día al tío donde había caído el gatito oyendo los desgarradores maullidos, se fatigó, supusieron lo que había pasado. Orientándose, pudieron con sus propias fatigas hallarle todo ensangrentado.

Mucho dolor sintió la niña de aquel modo; pero, al mismo tiempo estaba muy satisfecha de haberlo encontrado.

Se lo llevó a casa, donde le dio todos los cuidados necesarios.

Tardó un mes, el pobrecito de volver a correr; pero, cuando volvió bueno, jamás se le ocurrieron salir en busca de aventuras.

MAGDALENA TERRAS

CURIOSO EXPERIMENTO ÓPTICO QUE REPORTARÁ UNA GRAN LECCIÓN A GRADABLE

Os vamos a exponer un experimento óptico muy curioso, quizás nuevo que se aparte de todo lo que hasta ahora se ha dicho.

Es preciso que tengáis ante vosotros a un amigo, y le digáis:

—Piensa en alguna cosa que te guste, va a ocurrir o quizás en el futuro se contraerán y si el tiempo mueve su cerebro, es actual, entonces permanecerán iguales.

Otro experimento. Si miráis un objeto de color azul y luego inmediatamente detenéis la mirada sobre un pedruzco blanco, registraréis en vuestros pupilas, una mancha amarilla.

Poner dos libros con cubiertas de color azul y luego inmediatamente detenéis la mirada sobre un pedruzco blanco, registraréis en vuestros pupilas, una mancha amarilla.

Uno de ellos, será con el color azul y el otro en el azul. Sobre cada uno de estos dos libros un pedruzco de papel blanco y entre ellos, un pedruzco de color azul, de tamaño igual al de los libros.

Ahora, inclinarlos de manera que el pedruzco azul venga a dar sobre la punta de vuestro nariz, procurando que los ojos lleguen a ver nada más que el pedruzco azul. Cuando hayáis conseguido esto, observaréis que los pedruzcos blancos de papel, os parecerán amarillos.

El libro rojo, verde y, el del azul.

Es muy curioso este experimento óptico y estamos convencidos de que lo hacéis, habréis de repetirlo una vez.

Imp. de M. Sintet Rotger.-P. Pablo Iglesias

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

—POR—

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(55)

gufan, no le hubiese hecho volver a la realidad con un leve estremecimiento que no pasó inadvertido para su prima.

—El auto de casa—explicó el Conde.

—¿A ver...? Sí; serán Gloria y el Príncipe que vuelven de casa de Armir—murmuró Róspide sacando la cabeza un instante para asegurarse de su aserto.—Creo que había algo allí, hoy... ¡Esta gente joven vive siempre llena de ocupaciones!

—Efectivamente, hoy habrá sido el gran partido de «tennis»—dijo el joven distraídamente.

—¿En casa de algunos amigos?—inquirió Carmen.

—Sí, los Armir. ¿Los conoces?

—De oídas. Gente distinguida...

—¡Oh! sí... Una familia de abolengo antiquísimo y de muchas talegas. Tienen varios títulos.

—Según eso, no lo pasáis del todo mal en Fenollar.

—En manera alguna. Sobre todo desde que llegó mi amigo el Príncipe.

—¿Un Príncipe... auténtico?

—¡Es claro!... Un muchacho ruso Agregado a la Embajada de su país.

Callaron. Carmen no preguntó quien era Gloria aunque danzaba la frase interrogativa en sus labios, pero no dejó de advertir que los ojos del Conde seguían la marcha del auto con una expresión extraña, muy diferente de la glacial indiferencia que hasta aquel momento reflejaron.

Esto pareció impacientarla y, sin otro motivo, riñó ásperamente a miss-tres Fly—su señora de compañía—porque, al parecer, no cuidaba con el debido esmero a un feísimo «griffon» que dormitaba en su falda.

XIV

Del cuaderno Azul de Gloria Fenollar, enero...

TRES personas se han mezclado en nuestra vida sin que las llamásemos. Quizá, por esa venida inoportuna, es

por lo que me han resultado tan antipáticos el duque de Florán y su hija Carmen.

Ayer, cuando llegaron, aún no habíamos tenido tiempo de quitarnos el traje de «tennis» el Príncipe y yo. Les recibimos, con Pilar, en lo alto de la escalinata. Con ellos venía una inglesa, aburrida y estúpida, que hace oficios de señora de compañía, y un perillito feísimo, tan arisco y descortezado como su dueña, la señorita de Cortezo.

Desde lo alto de su orgullo aristocrático (que a lo que observo está muy arraigado en toda la familia), se dignó apenas concederme una inclinación de cabeza cuando Pilar me presentó.

No sé si será suspicacia de mi parte o si realmente se esbozó en sus labios un pliegue desdenoso, cuando su mirada, fría y dura, me examinó con una descaradísima ojeada.

El Duque, que es un viejo verde, me abrumó de cumplidos. ¡De veras que es una suerte ser bonita!

La inglesa dijo no sé qué entre dientes... El griffon, gruñó.

El Príncipe les acogió con una cortesía glacial, que yo no le conocía aún porque, con nosotros, sólo ha usado

desde el primer día una cordialidad franca y afectuosa.

Miré a Fernando... Parecía fastidiado enteramente. Le sonreí y contestó con otra sonrisa de significativa resignación. Después de las primeras cortesías a que obliga la pragmática social, mi padre fué con el Duque para enseñarle sus habitaciones, y Pilar, con su sobrina y la dueña, sin olvidar al perro, a quien «Samson», el foxterrier de casa, no había hecho tampoco un recibimiento muy cordial, puesto que le enseñaba los dientes y erizaba los pelos en actitud hostil.

Cuando nos quedamos solos, el Conde se dejó caer en un diván, con ademán de desaliento.

—¿Pero, ¿no acompañas a tu tío a su cuarto? No le ayudas a quitarse el polvo del camino a...

—No;—contestó secamente el Conde, interrumpiendo al Príncipe.—¿Te parece poco lo que he hecho ya? Le acompaña Alfonso y, además, le enviaré a mi ayuda de Cámara.

—Realmente, es un viejo encantador ese Duque, con su vivacidad de muchacho, su bigote teñido, su bisoño

perfecto... Ese bisoño es un arte...

Yo, miraba al Príncipe con ojos de odio, porque nunca le había oído decir que se de nadie, y también un poco celosa de que sus ironías desmenuzaban la susceptibilidad adormida de su primo; pero, con gran asombro de todos, éste se echó a reír con una risa discreta, tan de buen tono, que creto posee a maravilla.

—¡Si que es gracioso de veras! Tú, aún no le conoces. Aguarda unos días y te prometo un sainete de tu propia mano.

—¿Y a usted, Gloria...? ¿No le ha pasado nada? ¿Es muy gracioso de ninguna flor? Es muy gracioso de ninguna flor?

—Dos o tres tonterías me ha dicho. Casi no le he entendido.

—Más vale...

—Pero a su prima debo haberle dicho muy poca gracia—dijo el Conde.

—Mi prima es, al parecer, muy fría y muy fría. No posee la gracia de su padre.

—Sí, sí, ya nos hemos dado cuenta—murmuró.

—Eso será, quizá, falta de conocimiento del Conde.—Cuando se me dio a conocer y se aprende a conocer